

PALABRAS BAJO EL MAR

Ana Alcolea

Valentina había llegado al barco dos días antes de zarpar. La habían contratado a través de una oferta de empleo que había leído en el periódico. “Se busca Ingeniero de Telecomunicaciones, especialista en cables de fibra óptica, para trabajar a bordo del buque *Atlántida*. Se valorará que los candidatos posean conocimientos de buceo submarino”.

A Valentina le había costado sudor y lágrimas acabar la carrera, pero después de todo, su curriculum había quedado bastante lucido, lleno de notables y de algún que otro sobresaliente. Incluso había dos matrículas de honor. Su especialidad eran los cables en las telecomunicaciones submarinas. A los siete años empezó a bucear en la piscina, y luego en la playa donde pasaba sus vacaciones de verano. Trabajar en un barco que se llamaba “Atlántida” le parecía un regalo a todos sus sueños infantiles.

Cuando era pequeña, sus padres le habían comprado un juego que reproducía la Atlántida, ese continente legendario que los antiguos localizaban en el océano Atlántico, y que habría desaparecido hace miles de años por obra y gracia de alguna desconocida catástrofe natural. Valentina jugó cada día con aquella especie de mapa del tesoro hasta que cumplió los 15 años, cambió las fichas por la sombra de ojos, y los dados por un bolso de moda con plumas de pavo real. Cuando empezó a estudiar en la Universidad, Valentina siguió leyendo sobre aquel lugar misterioso, del que nadie sabe a ciencia cierta si existió o fue fruto de la imaginación de viajeros y de filósofos de la antigüedad. Claro que sobre este punto, Valentina pensaba que daba lo mismo: al fin y al cabo, lo que existe y lo que se inventa se quedan juntos en la memoria.

El caso es que cuando leyó el anuncio en el periódico, pensó que aquello estaba escrito para que ella lo leyera, para que mandara su curriculum a la dirección electrónica que se facilitaba, para que preparara una entrevista, y para empezar a trabajar dos meses después a bordo del *Atlántida*.

No podía ser de otra manera. Aquel trabajo tenía que ser para ella.

—Buenos días, ¿Valentina? —dijo un hombre vestido con traje gris, sentado al otro lado de una mesa que se le antojó enorme—. Al principio pensé que había un error y que era Valentín.

—Pues ya ve, no hay error. Soy Valentina —contestó ella, mientras se sentaba aceptando el ofrecimiento de su interlocutor.

—Se habrá dado cuenta de que este puesto es para trabajar en un barco. Un barco en el que usted será la única mujer.

—Sí, me he dado cuenta.

—¿Y eso no le importa?

—¿Habría de importarme?

—No. En realidad no. Pero creo que habría muchas mujeres que no aceptarían trabajar en una nave aislada del mundo por un océano, y rodeada de hombres.

—No es mi caso.

—De lo cual me alegro. Usted es la candidata más cualificada y el puesto es suyo, si lo acepta.

—Gracias.

—Empezará la semana que viene con un curso de formación, y embarcará dentro de mes y medio.

—Estupendo.

Valentina tenía 25 años y un trabajo. Se consideraba afortunada.

Después del mes y medio de formación, llegó al puerto. El *Atlántida* estaba allí atracado, blanco, con rayas azules como la misma mar sobre la que se posaba como si fuera una gaviota dormida, o un unicornio blanco, pensó cuando lo vio.

Tenía ciento catorce metros de eslora, pero le pareció más grande porque los barcos que había a su alrededor eran pequeños y estaban sucios. Llevaba una maleta roja de cuatro ruedas, una mochila de color negro, y un ordenador portátil. En la maleta había metido cinco libros gruesos, como a ella le gustaban. Y uno más delgado, que contenía historias sobre la Atlántida. Valentina quería leer sobre la Atlántida en un barco que se llamaba *Atlántida*, navegando por un océano que tenía por nombre Atlántico. Su trabajo iba a consistir en solucionar algunos problemas que habían surgido con el mantenimiento de los cables que había en el fondo del mar desde hacía años. Cables que habían posibilitado la comunicación entre miles de personas a uno y a otro lado del océano durante lustros y lustros. Cuando era pequeña, a Valentina todo aquello de los cables del teléfono, de la televisión y de la electricidad, le parecía magia. ¿Cómo era posible que el sonido, la imagen y la energía pudieran transmitirse a través de algo tan estrecho y callado como un cable de metal? Cuando fue consciente de que existía una explicación racional, decidió estudiar y por eso se dedicó a la ingeniería. Pero todavía, cada vez que cogía un teléfono, móvil o no, o veía la televisión, o encendía una luz, su funcionamiento le seguía pareciendo inexplicable. Como el hecho de que un barco pudiera flotar. Todo aquello era como los hechizos de los cuentos que le contaban cuando era niña. Claro que de eso hacía ya mucho tiempo.

Subió las escalerillas hasta la cubierta, donde la esperaban el capitán y parte de la tripulación. Le dieron la bienvenida con un apretón de manos y con un saludo militar. Ella sonrió lo justo y dejó que la acompañaran a su camarote. Un cuarto con una cama pequeña, una mesa delante de una ventana redonda, y un baño minúsculo. Ese iba a ser su hogar durante los próximos tres meses, prorrogables si ella y sus jefes así lo consideraban. Valentina abrió la maleta y sacó sus cosas. Además de la ropa y los libros, llevaba tres fotos enmarcadas, dos carteles de dos exposiciones de pintura que le habían hecho mirar el mundo con otros ojos, y una estatuilla de madera que había heredado de su tía abuela y que la había acompañado siempre: en su casa familiar, luego en la universidad, después en el *college* inglés en el que pasó su año de Erasmus, y ahora en el camarote de cinco

metros por tres en el que iba a vivir rodeada de mar. Suspiró después de colocar todas sus cosas y se tumbó en la cama. Sacó su móvil y envió un par de SMSs. Después lo dejó en la minúscula mesilla, cerró los ojos y esperó.

El *Atlántida* tardó dos días en zarpar, tiempo durante el cuál Valentina descubrió todos sus rincones, cómo funcionaban los sistemas de seguridad y los de desplazamiento de los cables, que tenían que ser sustituidos. Les explicó a sus ayudantes lo que habrían de hacer una vez estuvieran bajo el mar. En principio, ella lo controlaría todo desde el buque, a través de un sofisticado sistema de comunicación dirigido desde el ordenador central. Algunos de los hombres la miraban con escepticismo. No estaban acostumbrados a tener a una mujer a bordo, y menos a recibir órdenes de ella. Y menos aún a que esa mujer fuera una jovencita con la carrera recién terminada y sin ninguna experiencia. Valentina percibía todo esto en sus miradas y en sus comentarios, pero no decía nada. Ella sabía de qué era capaz. Cuando llegara el momento, todos se darían cuenta.

Llegó el día, y por fin el *Atlántida* zarpó rumbo a algún lugar del océano, al norte de las islas Azores. Aquello no se parecía en nada a los viajes en barco que Valentina había realizado hasta entonces. No había tumbonas en la cubierta, ni cafeterías con pista de baile. Allí se trabajaba y nada más. Se comía en un solo comedor, se bromeaba, se jugaba a las cartas, se contaban historias y se escuchaba. Valentina sobre todo escuchaba. Sus experiencias en la vida eran muy diferentes de las de sus compañeros, así que pensó que era mejor oír, ver y callar. Al menos de momento. Se sentaba en la mesa al lado del capitán y de uno de los técnicos que estaban a sus órdenes. Comía y, de vez en cuando, miraba su reloj. Se levantaba enseguida para volver a su camarote a leer. Según sus cálculos, debían de estar acercándose al lugar que, según alguna de las viejas teorías, albergaba la isla perdida de la *Atlántida*. Por eso, la primera noche se levantó enseguida de la mesa. Quería salir a la cubierta y ver aquel espacio donde había florecido una civilización desaparecida para siempre de la realidad, pero no de la imaginación. Se puso el anorak, los guantes y un gorro. El viento y la humedad enfriaban cualquier cosa que estuviera quieta más de un minuto en la

cubierta de la nave. Las estrellas habían salido ya, y brillaban arriba y abajo: su reflejo en el mar parecía cubrir de lamparillas cintilantes la superficie del océano. Valentina pensó que eran como llamas danzantes. Miró hacia abajo. Un abismo oscuro quedaba bajo la quilla del barco. A Valentina le dio un escalofrío y se sentó en una pequeña banqueta de color rojo que contrastaba con el blanco de la cubierta. Pensó en todo lo que quedaba escondido bajo el mar : los peces, las algas, las montañas marinas, los crustáceos que paseaban por los restos de naufragios de otros tiempos. Los cables con todas las conversaciones que habían pasado por ellos durante años, gracias a barcos como el suyo, que habían hecho posible el milagro, la magia de la comunicación entre gentes que vivían en diferentes continentes. Cables por los que pasan palabras. Palabras que hablan de amor, de muerte, de nostalgia...

Cables debajo bajo la mar, y la Atlántida, el continente misterioso. Solo pronunciar su nombre en voz alta le evocaba reinos de hermosas damas, de bosques hechizados y de unicornios blancos, como los de los cuentos de su infancia. Valentina cerró los ojos, y pensó en caballos alados que nadaban bajo el océano con sus alas y la llevaban a un recóndito templo poblado de sirenas.

Se quedó dormida en el taburete y soñó. Estaba sola en el barco y la escalerilla se había convertido en un tobogán que bajaba hasta el agua. Sus ropas eran diferentes a las que tenía puestas antes de quedarse dormida. Llevaba un vestido blanco y largo de gasa. La brisa lo movía y la tela formaba olas que parecían espuma de mar. Se sentó y se deslizó en el tobogán hasta que sus pies llegaron a la superficie del mar. Por alguna extraña razón, se quedó quieta unos segundos hasta que su cuerpo fue engullido por el océano. De pronto, se sintió ligera como si fuera una sirena, y empezó a moverse por el mar, como si fuera su medio natural. Caminaba. Nadaba, volaba por el mar. Por ese mismo mar por el que habían pasado y seguían pasando miles de conversaciones cada día. A Valentina le extrañó que no le entrara agua ni en los ojos ni en la nariz, ni en la boca, que abría de vez en cuando al admirarse de las bellezas que estaba viendo. A su alrededor nadaban centenares de peces de todos los colores y formas

inimaginables. Había peces con forma de sombrilla. Otros con forma de velas. De pronto, avistó extrañas sombras a su derecha. Tres largos troncos de madera inclinados y que parecían salir de una estructura conocida. Sí. A su lado había un barco hundido. No un buque como el *Atlántida*, no. Se trataba de un viejo barco con sus mástiles, su timón, su casco de madera, su mascarón de proa, sus cañones. Nadó, caminó, voló para acercarse al galeón hundido y entró por un hueco. Se encontró con un pasillo cuyas ventanas estaban en el techo. Se introdujo en uno de los camarotes y observó que todo estaba al revés: lo de arriba estaba abajo y viceversa. El espejo estaba en lo alto y la lámpara en el suelo. Valentina se acordó de Alicia en el país de las maravillas y se observó en el cristal del espejo, que le devolvió una imagen inusual de sí misma. Nunca se había visto con el pelo tan largo y tan claro, ni con un vestido que parecía sacado de una película antigua. Le pareció ver una sombra que se deslizaba detrás de ella, pero cuando se volvió no vio a nadie. Pensó que habría sido uno de aquellos peces que no paraban de nadar a su lado. O de volar, porque se había dado cuenta de que dentro del agua no había diferencias entre andar, volar y nadar. Le hizo gracia ese pensamiento y siguió caminando.

O volando. O nadando.

Se adentró en otra de las habitaciones y se topó con un montón de instrumentos de navegación de los que había visto en los museos que le gustaba visitar con sus padres cuando era niña. Tomó un sextante en sus manos y miró a través de una de las ventanas de ojo de buey. Bajo el agua, las distancias eran diferentes, todo parecía estar más cerca, como cuando buceaba en la piscina. Valentina dejó el sextante junto a una brújula. La dio la vuelta. Por el otro lado era un reloj que estaba parado a las cuatro y media. Pensó que tal vez esa había sido la hora exacta del naufragio y sintió frío al pensarlo. Se lo metió en el bolsillo. Salió del barco hundido y miró a su alrededor, para reconocer el camino por el que había venido. De pronto, se dio cuenta de que en el mar no había caminos. Al menos no como aquellos a los que ella estaba acostumbrada. Valentina sonrió al ver una luz que venía desde lo alto. Hacía ella tenía que ir. Así, deshizo el camino andado. O

nadado. O volado. Hasta que llegó al tobogán. Valentina subió por él como si patinara hacia arriba y llegó al taburete rojo. Se sentó con cuidado de no arrugar el vestido que misteriosamente, permanecía seco y cerró los ojos.

—Doctora no debería quedarse dormida aquí fuera —la despertó la voz del capitán del *Atlántida*.

—¡Qué! ¿Dormida? No. No estaba dormida. Estaba pensando. Pensaba en todo lo que debe de haber ahí debajo. ¿Me ha llamado doctora? No soy doctora todavía. Tal vez después de este trabajo me doctore. Pero aún no lo soy.

—Parecía profundamente dormida, yo diría que en sus sueños estaba muy lejos de aquí.

—En los sueños pasan cosas muy extrañas. Se puede estar en un lugar y en otro al mismo tiempo, ¿no es fascinante? Es más, se puede andar, volar y nadar a la vez, ¿no le parece alucinante? Y ahora, si me disculpa, creo que me iré a dormir. Buenas noches. Valentina se levantó y se fue a su camarote. Cuando se quitó el chaquetón, notó que había algo duro en su bolsillo derecho. Metió la mano y sacó una brújula. La dio la vuelta y vio que por el otro lado también había una esfera. La esfera de un reloj parado a las cuatro y media.

Al día siguiente, Valentina y sus compañeros prepararon la maquinaria que necesitarían para arreglar la avería en cuanto llegaran a la zona en la que esta se encontraba, al norte de las islas Azores. Los hombres pasaron un montón de horas maniobrando con aquellos enormes rulos de cable, mientras Valentina trabajaba con su ordenador y movía la máquina a través del teclado. Pensaba en que gracias a hombres como sus compañeros, el mundo era mejor. Gracias a ellos y a sus cables enterrados en el mar, las palabras habían llegado durante siglos desde bocas a oídos que estaban a miles de kilómetros de distancia. Se emocionó al pensarlo. Sí. El mundo era mejor gracias a barcos como en el que estaba Valentina. Estornudó un par de veces porque había cogido frío durante su sueño nocturno en la cubierta del barco. El capitán la observaba desde su posición en el puesto de mando y sonreía. Recordaba su rostro mientras dormía y pensaba

en lo que habría soñado aquella joven de ojos vivos y cabello tan corto como el suyo. Llegó la noche y después de cenar, Valentina volvió a salir a cubierta, mientras los hombres jugaban a las cartas. Se había puesto los guantes y llevaba las manos metidas en los bolsillos. De pronto, se acordó de la brújula que había encontrado en uno de ellos la noche anterior. No había vuelto a acordarse de ella. Se preguntaba de dónde habría salido, y pensó que tal vez había sido un regalo de su padre, que se la habría puesto allí dentro sin que ella se diera cuenta. Se sonrió al pensar en esa posibilidad. Esa noche no había estrellas, una niebla espesa parecía salir del océano y cubría el resto del mundo, desde el agua hasta el cielo. La humedad se introducía en cada poro de la cara de Valentina, y las gotas de niebla eran como cuchillos minúsculos que se le clavaban en la piel. Se asomó a la barandilla, pero no vio nada. Oía las olas que batían en el casco del barco, pero no las podía ver. Se preguntó qué habría allí, bajo la piel del mar, y se acordó de un cuadro que había visto en un museo, un lienzo en el que un niño, o una niña, levantaba la piel del mar, así se titulaba el cuadro. La niebla sobre el océano le parecía la antesala a algún lugar misterioso en el que cualquier cosa podía ser posible. Parecía que ella y el buque estaban en medio de ninguna parte. En medio de la nada. En un lugar en el que ni el espacio ni el tiempo existían. Sintió un leve mareo y se sentó. Allí seguía la misma banqueta roja en la que se había quedado dormida la noche anterior. Volvió a cerrar los ojos y se apoyó en la pared. Enseguida notó la presencia del tobogán, y vio que sus ropas se habían vuelto de nuevo a transformar en un vestido blanco y vaporoso que se confundía con la bruma.

Se deslizó por la pendiente, y bajó y bajó hasta las profundidades, hasta que se detuvo en un lugar en el que no se veía nada. Una roca la hizo tropezar, y caer sobre la arena del fondo. Le pareció ver algo que llamó su atención. Se trataba de un trozo de cable. Un fragmento del viejo cable que se utilizaba años atrás para la comunicación de un lado al otro del océano. Esas conversaciones que ella imaginaba, emocionarla. Instintivamente, Valentina se acercó al oído, como hacía de niña con una enorme caracola que guardaba su abuela en el armario. Una caracola en la que se podía oír el mar.

—El niño se encuentra bien, no te preocupes —decía una voz.

—¿Seguro que no ha tenido fiebre en todos estos meses?

—Te lo prometo —la voz disimulaba las lágrimas

—Volveré pronto.. Cuando regrese, llevaré todo el dinero que he ganado aquí. Nos pagan bien a las nodrizas en este lugar tan lejano donde siempre hace calor.

—Te quiero, amor mío. Y no te preocupes por el niño, que está bien —y Valentina notó que la voz ocultaba la verdad.

—Hasta pronto, mi amor. Adiós.

Y las voces se callaron. Valentina se metió el trozo de cable en el bolsillo, y miró a los peces que se habían acercado a ella para observarla. Vio que sus ojos se humedecían como los suyos y acarició las aletas del más grande, que tocó con su cabeza el vestido de Valentina, sin dejar de mirarla. Habían escuchado una conversación que había ocurrido muchos años antes, cuando jóvenes mujeres pobres que acababan de ser madres, viajaban hasta América para trabajar como nodrizas y amamantar a niños ajenos. Valentina sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Entonces se despertó.

El capitán estaba a su lado, vigilando su sueño. La había cubierto con una manta.

—¿Qué hace aquí? —preguntó ella.

—Intentar que no se congele —contestó él. Y se marchó sin decir nada más.

Al día siguiente, cuando se levantó, Valentina vio un trozo de cable en el suelo de su camarote. “¡Qué hará esto aquí!”, pensó. “Es diferente al cable con el que estamos trabajando. Parece de aquellos que se usaban en el siglo XIX”. Valentina se duchó, se vistió, estornudó un par de veces y salió a trabajar. Ese día llegaron al lugar donde tenían que arreglar la primera avería. Estuvieron los buzos doce horas subiendo y bajando, mientras Valentina dirigía la operación desde su ordenador. Le dolía la cabeza de tanto concentrarse, así que, cuando llegó la hora

de cenar, comió deprisa su ración y fue a la cubierta a airearse un rato. Habían vuelto a salir las estrellas y no hacía frío. También había luna, una luna cuyo reflejo trazaba un camino sobre el mar. “Parece un tobogán —pensó Valentina—. Me gustaría tirarme por él y ver qué hay debajo. Debemos de estar cerca del lugar en el que vivió el continente perdido, la Atlántida”. De nuevo se sentó en el taburete rojo y cerró los ojos. Respiró muy profundamente y se vio otra vez vestida con el traje blanco que parecía estar hecho de rayos de luna. Se deslizó por el tobogán y regresó al agua. Y allí volvió a caminar, o a nadar, o a volar. Y llegó hasta a un lugar donde no había barcos hundidos, ni viejos cables. Había columnas que sostenían techos llenos de figuras pintadas de colores. Suelos de mosaicos que dibujaban hombres y mujeres danzando al son de panderetas y de liras. Escalinatas que conducían a templos donde vivían viejos dioses de mármol cubiertos de musgo y de algas. Subió una escalinata hasta que llegó a los pies de una escultura que representaba a una mujer hermosa, ataviada con un vestido blanco del color de la luna, de la espuma del mar y de la niebla. Una mujer de cabellos rojizos y ojos vivos. Una mujer que se parecía muchísimo a ella. “Estoy en la Atlántida” —pensó Valentina—. “He encontrado la isla desaparecida. Al pie de la escultura había una flor de piedra que un día había coronado la cabeza de la diosa. Valentina la cogió y se la guardó en el bolsillo. Empezó a sentir frío, y enseguida vio la luz del barco hacia la que debía regresar. Caminó, nadó, voló hacia la luz, y de vez en cuando miraba hacia atrás para contemplar los restos del continente perdido. Hasta que desaparecieron de su visión. Había visto la Atlántida. Se sentía tan contenta que empezó a aplaudir como cuando iba a un concierto. El sonido de sus palmas la despertó, y se encontró con los ojos del capitán que habían vuelto a vigilar su sueño. Valentina le sonrió.

—¿Sabe una cosa? —le preguntó.

—¿Qué? —respondió el capitán.

—La he encontrado —dijo, mientras metía una mano en el bolsillo, y buscaba la flor de la diosa de piedra.

—¿El qué?

Valentina sacó la flor y se la llevó a la nariz. Casi podía oler su perfume. Un perfume que olía a galeones hundidos, a conversaciones perdidas y a islas desaparecidas.

A mares, a sueños y a deseos escondidos que caminan, que nadan, o que vuelan.

Como las palabras que siguen flotando, que permanecen en algún lugar remoto del fondo del mar.

Palabras que viven dentro de esos cables gracias a personas como Valentina, que hacen que el mundo sea un poquito mejor.